

## Decir gracias

La urbanidad antigua nos enseñaba a ser agradecidos. Repetíamos con frecuencia: “Gracias, muchas gracias”. Y ese canto salía del corazón como la polifonía de la misma vida que nos llevaba a vivir inmersos en el ser. Vivíamos en la gratitud como en el hábitat profundo que definía, incluso, nuestra madurez, relaciones humanas, sueños y esperanzas en medio de los contrastes de la vida, de sus luchas y perplejidades.

Alguien garabateó en un grafiti maravilloso: “La gratitud es una manera de ser feliz”. Me enamora esa frase, me enternece y me convierte en un ser agradecido. Soy engendrado en gratitud. Soy limosna de Dios. Y al recibirle sus dones, vuelvo a entonar el canto de la gratitud: “Siempre es la hora de la gracia, ¡despierte el alma dormida! Un solo (día) ante Dios, cuenta mil años de espigas”, mil años de gratitud.

Jesús llega a sanar nuestra lepra de cada día. Esa lepra se llama indiferencia, ingratitud. Algunos pocos, muy pocos regresan a dar las gracias. Hemos convertido nuestras vidas en una ‘burbuja’ impenetrable, intocable. Vivimos lejos de la realidad, de la memoria. Somos esponjas secas en donde no cala ninguna absorción de vida, de relación con el ecosistema de la gratitud. ¡Olvidadizos y tercamente solos!

A Jesús le duele la ingratitud. Dos pecados rechaza Él con mayor vehemencia: La ingratitud y la hipocresía. Las dos se relacionan, se complementan. La hipocresía es la capacidad de disfrazar nuestras limitaciones, nuestras debilidades y las expresamos en tono superlativo en clave de ingratitud. Es la miseria de nuestra pequeñez. Como somos incapaces de decir “gracias”, nos volvemos hipócritas, mentirosos. También soberbios.

Cochabamba 09.10.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com